

Don César que los esperaba, como siempre, triste y silencioso.

—¿Qué habeis adelantado?—les preguntó.

—Nada—contestó Martin.

—Nada—replicó Teodoro.

—¿Ni esperanza?

—Ni esperanza.

—Yo he sido menos desgraciado que vosotros.

—Contadnos.

—No es posible aún; tengo un plan con el que espero rescatar muy pronto á esa jóven.

—¿Podeis comunicárnoslo?

—Ese es mi secreto.

—¿Y entretanto?

—Buscad vosotros por vuestro lado y yo por el mio; así es mejor.

—Como vos dispongais.

XXVIII.

De lo que habia pasado á Don César.

CUANDO Martin y Teodoro salieron en busca de Esperanza, Don César tomó una capa y su sombrero, y se dirigió á rondar la casa de Don Pedro de Mejía.

Era indudable para él que aquella casa era el centro de todas las intrigas y de todas las maquinaciones; allí debia haber álguien de entre los criados que conociera la historia de Doña Esperanza y que supiera lo que habia sido de ella. Allí era donde Don César estaba seguro de averiguar la verdad.

Comenzó á pasear la calle con disimulo, esperando ver salir algun lacayo que le prestara confianza; la noche iba cerrando, y en una de las puertas de las casas que estaban frente á la de Mejía, le pareció á Don César observar á un hombre que acechaba, recatándose de los transeuntes.

Púsose entonces á examinarle desde lejos, y se convenció de que en efecto aquel hombre esperaba algo.

Como en aquellas circunstancias todo llamaba la atencion de Don César, dejó de observar la casa de Mejía, y no perdió ya de vista al hombre misterioso.

Largo tiempo estuvo este en espera y Don César en acecho; por fin, de la casa de Don Pedro salió un hombre que observó por todas partes si álguien le esperaba, y alcanzando á mirar al misterioso personaje que habia llamado la atencion de Don César, se dirigió hácia donde él estaba.

Pasó á su lado sin decirle ni una sola palabra; pero el hombre le siguió y se encaminaron ambos á una de las calles mas retiradas y mas solas.

Don César conoció á la persona que habia salido de la casa de Mejía; era uno de los lacayos, y entonces no dudó que el que acechaba la casa tenia en ella relaciones ocultas.

Se embozó en su capa, y destacándose contra las paredes y procurando ahogar el ruido de sus pasos, siguió á corta distancia á los dos hombres que se alejaban.

Llegaron los unos seguidos por el otro hasta un callejon triste y solitario, y allí los de adelante se detuvieron y Don César procuró con mucha precaucion acercarse para escuchar la conversacion.

Afortunadamente se creian solos y hablaban en alta voz.

—Mucho hay ahora que contaros—decia el lacayo.

—Como sea mucho y cierto—contestaba el otro, que al parecer era ya viejo—mucho tendré yo que pagar y tú que recibir.

—Pues cierto es todo.

—Habla.

—En primer lugar, teneis que saber que como os he dicho, la viuda Doña Catalina está ya en grandes amores con Don Leonel de Salazar, y aun se murmura entre los criados que puede eso parar en casamiento.

—¿Pero qué hace el Don Alonso?

—Ni dice ni hace nada.

—¿Él no tiene tambien amores con ella?

—No sabemos; pero creo que no, porque de ser así tendria celos, cuando ahora se dice que protege á los amantes.

—¿Y la vieja?

—Debe traer entre manos algun negocio grave, porque hoy en la mañana salió en un coche de los de la casa, y la llevaron hasta cerca de la salida de la ciudad, por el lado de la laguna.

—¿Pero adónde fué?

—No sabemos.

—¿No preguntaste al cochero?

—Sí que le pregunté; pero esta mañana me contestó que le habian dicho en el camino que se detuviera; se bajó del carruaje la vieja y le mandó que se volviera, y que ella siguió á pié; y me cuenta el cochero que ya venia lejos y volvió la cara y todavía la vieja caminaba á pié con Guzman.

—¿Y luego?

—Guzman volvió dos veces á México y habló con Doña Catalina, y volvieron en la tarde á llevar el carruaje, y volvió la vieja con una mujer encubierta.....

—¿Pero quién es esa mujer?

—Eso no he podido averiguar.

—¿Imbécil! viviendo en la misma casa.

—Sí señor; pero está tan retirada, que nadie la ha visto ni la conoce.

—¿Qué mas sabes?

—No mas.

—Pues eso no vale nada.

—Señor.....

—Toma, y mañana mismo me das noticia de quién es esa mujer, y dónde está, y todo; ¿lo entiendes? de todo.

—Sí, señor.

El lacayo recibió un puñado de monedas de mano del hombre misterioso.

—Me voy antes de que me extrañen en la casa—dijo.

—Vete—contestó el otro.

—Y sin esperar mas, el lacayo echó á correr.

El hombre que le habia entregado el dinero habia dado algunos pasos, cuando Don César se presentó delante de él.

—Caballero—le dijo—perdonad que os detenga y escuchadme un momento.

—¿Con qué intenciones me deteneis?—dijo el hombre, dando un paso atrás y desnudando el estoque.

—No deben ser malas, cuando veis que no hago uso de mis armas—contestó Don César cruzando sus brazos.

A pesar de que la claridad de la noche no era muy grande, el hombre pudo notar muy bien que Don César le decia la verdad, y esto le calmó un tanto.

—¿Entonces, qué pretendéis?—preguntó.

—Tan solo que me hagais la gracia de hablar conmigo.

—Tengo casa y podiais haber ido á ella.

—Ignoro en dónde está.

—Puedo guiaros.

—Seria mejor hablar aquí.

El hombre miró á Don César con desconfianza.

—¿Por qué?—preguntó.

—Por no perder tiempo.

—Bien; decidme—dijo aquel hombre despues de vacilar un momento.

—Escuchad. Vos vigilais y rondais la casa de Don Pedro.

—¿Y eso qué os importa á vos?

—Ya vereis si me importa.

—Ved que no os doy el derecho de intervenir en mis acciones.

—Ni yo lo deseo; solo que, como vereis, debemos ser aliados.

—¿Aliados?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque vos necesitais saber lo que acontece en la casa de la viuda de Mejía y yo tambien.

—Averiguadlo por vuestro lado.

—Cuidaré de hacerlo; pero esto no impide el que quiera estar de acuerdo con vos.

—Pero yo no os conozco.

—¿Y yo os conozco á vos? Tenemos un negocio semejante, quizá con diverso interés, y nos unimos.

—¿Qué interés teneis?

—Os lo confesaré, para enseñaros á ser franco, y á no desconfiar sin razon; entre Don Alonso de Rivera, la viuda y la vieja, como vos la llamais.....

—¿Y cómo sabeis que la llamo así?

—Ya lo sabreis; entre los tres han logrado robarse á una jóven con el objeto de apoderarse de su herencia; yo busco el medio de encontrar á esa jóven.

—¿Y eso es cierto?

—Como haber Dios.

—En ese caso, yo os ayudo.

—Dios os premiará.

—¿Cómo habeis pensado hacer?

—Sacar á alguno de los tres y obligarle á confesar.

—Es mejor para eso la vieja.

—Lo creo.

—Pues yo lo haré; ¿cómo se llama la jóven robada?

—Doña Esperanza de Carbajal.

—¿La prima de Don Leonel?

—La misma.
—Yo os respondo de todo. ¿Qué parte tendré en la herencia si lo consigo?

—Diez mil duros.

—Está bien.

Los dos permanecieron en silencio por un rato, como no atreviéndose á decir lo que pensaban.

—¿Y bien?—dijo Don César.

—¿Y bien?—repitió el otro.

—Preciso será darnos algunas garantías mutuamente.

—Negocio es este en que no hay mas garantías que las que él mismo arroje de sí; os entrego á Doña Esperanza ó á la vieja y me dais el precio convenido; si no, ni una ni otra van á dar á vuestro poder.

—Conforme, á fe de César de Villaclara, para serviros.

—Conforme á fe de Baltasar de Salmeron.

—¿Y adónde nos veremos?

—¿Vuestra casa?

—En la calle de San Hipólito, en la casa del negro Teodoro.

—La conozco.

—Muy bien; un papel, un recado vuestro, y ocurriré adonde me digais.

—Pero ante todo, secreto.

—Secreto.

—Si la suerte hace caer en nuestras manos á Don Leonel de Salazar, yo dispondré de su suerte.

—A sola condicion de que yo disponga de la de Don Alonso de Rivera si llega á estar en nuestro poder.

—Convenido.

—¿Y cuándo esperais conseguir vuestro objeto?

—La vieja, espero que será mañana, y ella dirá en dónde ocurro por la doncella.

—Entonces, adios, y buena fortuna.

—Adios, y buena memoria.

Y aquellos dos hombres como dos sombras, se separaron para ir cada uno á su destino.

Don César volvió á la casa de Teodoro.

Y Don Baltasar á la suya, pensando y saboreando la idea de que ya tenia un modo de hacerse de dinero, vengándose en la familia de Salazar y destruyendo los planes de Don Leonel.

Aquella misma noche disponian sus planes para el siguiente dia Martin y Teodoro, que no habian quedado satisfechos ni con sus pesquisas del dia ni con las promesas de Don César de Villaclara.

Don César, por su parte, los escuchaba con la mayor indiferencia; para él su mision sobre la tierra estaba terminada; no habia sabido amar y tampoco sabia vengarse: solo Don Alonso podia ya sufrir el castigo en cuanto al negocio de Doña Esperanza; auxiliaba á Martin y á Teodoro porque ellos se lo habian pedido y por tener algo en qué ocupar su corazon vacío.